

que hay de cierto es que Nogaret, tomando á su vez la palabra, amenazó al papa llevárselo á Lyon, encadenado como un reo, para oír el juicio del pretendido concilio general. « Hé aquí » mi cabeza, respondió el papa; muy venturoso fuera si deramase mi sangre por la fe de Jesucristo y de su Iglesia. » Tres días quedó Bonifacio VIII en poder de sus enemigos, que le echaron á un calabozo, abrumándole de injurias. Fué saqueado el tesoro pontifical, arrasado el palacio, profanadas y dispersas las reliquias de los santos. Pero, en fin, llegó el término de tanta humillacion. Los habitantes de Anagni se resolvieron á vengar tanto ultraje. Se sublevan, y sorprenden las bandas de Sciarra y Nogaret embriagadas por su vergonzosa victoria, y las arrojan de la ciudad con sus cabezas ó jefes. Bonifacio VIII es llevado en triunfo al trono que tanto habia honrado con su noble carácter. Se le preguntó qué trato habia de darse á los prisioneros. « Yo les perdono, » dijo con sublime mansedumbre. Inmediatamente partió para Roma, donde fué acogido con entusiasmo. El clero y pueblo romano quedaron prendados del heroísmo del pontífice; pero tantas borrascas habian quebrantado las fuerzas físicas del augusto anciano. Vió acercarse su última hora con la animosa intrepidez que habia desplegado ante sus enemigos. En presencia de un numeroso auditorio declaró que moría en la fe católica, y dió su grande alma á Dios el 11 de octubre de 1303. — Tales fueron la vida y muerte de este papa, tan calumniado por los escritores del pontificado romano. Grandeza de alma, voluntad enérgica, vastos conocimientos, habilidad en los negocios; hé aquí las cualidades que entre otras muchas reunió Bonifacio, y le legaron á la posteridad como hombre grande. La religion le debe la institucion del Jubileo; la jurisprudencia eclesiástica, el sexto libro de las Decretales; la ciencia en general, la fundacion de la universidad de Roma, conocida bajo el nombre de la *Sapienza*.

§ II. PONTIFICADO DE SAN BENITO XI (22 de octubre de 1303-6 de julio 1304).

12. Diez días despues de la muerte de Bonifacio VIII, entraron los cardenales en conclave, é inmediatamente recayeron todos los votos en el cardenal Nicolás Boccassini, que tomó el nombre de Benito XI. Era sin disputa el prelado mas sabio y virtuoso del sacro colegio; nadie se admiró de su eleccion sino él solo. Formado en la escuela de Bonifacio VIII, su sucesor heredó sus ideas. Estaba profundamente convencido de que el poder pontifical era como el centro de las sociedades europeas, y estaba decidido á no separarse una línea de la marcha de su antecesor, ni á ceder en lo mas mínimo. Sin embargo, todo era anarquía en torno de él: los Gibelinos triunfaban, y el impío atentado de Nogaret habia sido señal de terrible reaccion contra la autoridad pontifical. Fugados y menospreciando las sentencias suspendidas aun sobre sus cabezas, habian reaparecido en Roma los Colonnas, y con ellos todas las pasiones compañeras de la discordia. La política de Felipe el Hermoso habia llegado á penetrar en el sacro colegio; y formarse un poderoso partido. Benedicto XI, para sustraerse á tantos peligros, dejó á Roma á pesar de la oposicion de los cardenales, y se fijó en Perusa; muchedumbre inmensa le acompañó hasta las puertas de la ciudad, y se diria que los Romanos preveían una larga ausencia. Y en efecto, de esta salida de Benedicto XI de Roma data la traslacion de la Santa Sede.

13. Sosegado en su retiro de Perusa, Benedicto XI pudo verificar las medidas de justicia que tenia pensadas. Para darles carácter mas solemne, quiso usar antes de indulgencia y misericordia. A súplicas de Felipe el Hermoso, otorgó revocacion de las censuras en que habian incurrido este príncipe y los obispos franceses que no habian asistido al concilio de Roma, convocado por Bonifacio VIII. Restableció los privilegios concedidos á los reyes de Francia para nombramiento á las catedrales vacantes. Pero estas medidas no eran sino como una

mitigacion preliminar del grande acto que tenia proyectado. El 7 de junio de 1304 iba á mostrar al mundo la bula *Flagitiosum scelus*, que no se ponen manos impunemente contra el ungido del Señor. « Si por justas causas, dice el papa, hemos » diferido hasta hoy el castigo del horrible sacrilegio cometido » en Anagni en la sagrada persona de nuestro antecesor, » tiempo es ya de que Dios mismo se levante para disipar á » sus enemigos. » Despues de este breve preámbulo, el papa cuenta en términos fuertes y doloridos los principales detalles del atentado y ultrajes hechos contra el pontífice, el robo del tesoro de la Iglesia y los crímenes cometidos en lo interior de palacio, de lo cual habia sido testigo de vista. Luego exclama: « ¿Quién será el endurecido que no derrame lágrimas? » ¿Dónde está el enemigo que no sintiera la menor compasion? ¡O crimen! ó atentado inaudito! Desventurada ciudad » de Anagni, que lo has visto sin impedirlo. ¡No caiga sobre » tí el rocío del cielo! » Benedicto XI declara en seguida excomulgados á los autores y cómplices de este crimen, á los que habian concurrido á él con su aprobacion ó consejo. Si no aparece en esta bula el nombre de Felipe el Hermoso, solo fué por miramiento, pero nadie dudaba que se le hacia alusion; pues que todos sabian que el instigador del atentado de Anagni habia sido el rey de Francia. Volvia á comenzar la lucha con nuevo ardor, cuando el digno sucesor de Bonifacio VIII fué arrebatado casi repentinamente á las esperanzas de la Iglesia y á sus grandes proyectos. Benedicto XI sucumbió á una enfermedad imprevista, que presentaba todos los síntomas de envenenamiento, un mes despues de la publicacion de la bula *Flagitiosum scelus*. Algunos historiadores han culpado á Felipe el Hermoso, pero no se ha probado jamás el hecho. La santidad de Benedicto XI se manifestó despues de su muerte con numerosos milagros, y la Iglesia le ha cano-nizado.

14. Su pontificado fué la época en que estallaron con mas furor en Florencia las luchas entre Güelfos y Gibelinos. Benedicto XI trató en vano de interponer su mediacion; su voz

quedó desatendida por las tempestades populares. En este tiempo vió sus bienes confiscados y su cabeza puesta á precio en Florencia el Dante, tan ilustre poeta como fogoso Gibelino. Obligado á abandonar su patria, se llevó consigo al destierro todo el ardor de su odio inmortalizado en la *Divina comedia*. Esta magnífica epopeya es la obra maestra de la edad media. Como la Iliada de Homero, el poema del Dante es á la vez una obra poética, teológica y filosófica. Los dogmas del cristianismo y los descubrimientos de las ciencias sobre el sistema del mundo aparecen en ella con una magnificencia de poesia igual á la del cantor de Esmirna. En la época en que pareció, la *Divina comedia* fué acogida con universal entusiasmo. Florencia, que en 1303 habia proscrito á su autor, fundó en 1373 una cátedra especial para comentar su poema. Sin embargo, fuera del mérito literario de esta obra inmortal, no pueden aprobarse las sátiras y odiosas calumnias que contiene contra los papas y príncipes de la Iglesia. No hay que juzgar de los personajes célebres de esta época por las caprichosas y malignas ficciones del poeta gibelino. Al lado del talento inmenso del poeta, excitan la indignacion de todo hombre honrado las injusticias que se permite como hombre de partido.

§ III. PONTIFICADO DE CLEMENTE V (14 de noviembre de 1305-20 de abril de 1314).

15. Los historiadores de esta época están poco mas ó menos tocados del espíritu de partido, lo que hace sospechoso su relato. Explican este estado dos razones: 1°. La lucha de los Güelfos y Gibelinos, que, cambiando de objeto y representando, no ya el partido del sacerdocio ó el del imperio, sino el de Felipe el Hermoso ó de Bonifacio VIII, nada habia perdido de su animosidad. Los Gibelinos se mostraron siempre adversarios apasionados del poder pontifical; su testimonio es poco desinteresado para ser admitido sin contraprueba. 2°. La traslacion de la Santa Sede á Aviñon, hecha definitivamente por Clemente V, descontentó hasta á los mismos Güelfos y les volvió hostiles á los papas franceses. Esta doble antipatía